

La estructura bipolar y tripartita del milagro XXV de Berceo

Único, en tanto que no forma parte de ninguna de las colecciones latinas en que aparecen los demás,¹ el milagro XXV de Berceo se distingue también por ocurrir no ya sólo en la tierra del autor sino en vida de éste.

El momento en que se desarrollan los acontecimientos lo señala Berceo aludiendo perifrásticamente a Fernando III mediante un tópico de la época derivado de su victoria frente a los árabes (“En el tiempo del rey de la buena ventura,” 869a).² Se sirve también de fórmulas a la manera de los epítetos épicos —que sintetizan elementos esenciales del objeto de la descripción— para presentar a los personajes. Por medio de epítetos y, además, por sus nombres, son mencionados don Fernando y don Alfonso (“don Ferrando por nomne, sennor [d’Estremadura], / nieto del rey Alfonso, cuerpo de grand mesura,” 869bc). En contraste, los lugares vinculados a los hechos (“Castiella,” 870c; “Çohinos,” 871c; “León,” 899a; “Avila,” 905a) los indica de forma directa y escueta, a excepción del sitio de donde proceden los pecadores, el cual amplifica (“Moviéronse ladrones de parte de León, / de essa bispalía, de essa región,” 870ab).³

Al colocar Berceo el milagro en un escenario no tan sólo reconocible sino familiar, da realismo a los acontecimientos a la vez que les patentiza a los oyentes contemporáneos que los milagros ocurren en su ámbito y en su tiempo, reforzando su fe en ellos y en el personaje cuya intercesión, en este caso, los hace posibles: la Virgen. De esta manera les recuerda que la salvación está a su alcance y les indica el medio para lograrla.

Al mismo tiempo, establece Berceo con el milagro XXV una polaridad respecto al primero de los *Milagros de Nuestra Señora*. El primero tiene lugar en Toledo —capital de los godos, fundadores de la sociedad cristiana española según la mentalidad del hombre medieval de la Península— y remite, por lo tanto, al origen y al estado ideal que se desea recobrar. En cambio, el milagro XXV —el último—⁴ se realiza en Castilla, en el tiempo inmediato y cuando ya ha sido recuperada buena parte del territorio tras

la derrota de los infieles. Se logra así una perfección histórica y geográfica que cierra el círculo de la vivencia española a la par que la obra.

Esta polaridad de la obra se internaliza en forma concéntrica en el milagro XXV. Está el milagro estructurado en base no a uno sino a dos acontecimientos sobrenaturales. El primero lo protagonizan dos hombres malos; el segundo, un hombre bueno. Este último hecho es paralelo al primero y, al mismo tiempo, constituye parte de su solución.

Los dos hombres malos se confunden en su común delito y, reflejando la sociedad feudal, son presentados como seguidores del diablo (“guiólos el diablo,” 870d; “. . . guiólos el Peccado, / el qe guió a Judas fazer el mal mercado,” 871cd; “ministros del Peccado,” 876c). Los distingue, mientras tanto, su relación con el mundo eclesiástico. Uno es lego; el otro, clérigo. Como los personajes reales, el lego está caracterizado por epítetos. Es “omne de mal sentido” (875c) “en duro punto nado” (871a), y contrasta con el clérigo, cuya profesión misma agrava su falta al no poder atribuirse a ignorancia (“mas de peor el clérigo, qe más avié leído,” 875d). Ambos representan estados y niveles diferentes pero la misma condición de pecadores. Es necesario, pues, el tercer hombre, un canónigo virtuoso, que dé la condición contrastante y el ejemplo a seguir.⁵ Este andamiaje bipolar y tripartito a la vez se repite a lo largo del milagro.

Aunque el delito es sólo uno —el robo— se ramifica de acuerdo a los tres objetos en que se lleva a cabo. Primero se perpetra en la celda que habita una monja cerca de la iglesia de la villa. La acción se presenta con detallismo gráfico y elementos novelescos. Se destaca, asimismo, la premeditación con que se realiza:

Barruntaron la cosa estos ambos ladrones,
moviéronse de noche con sennos azadones;
dezquizaron las puertas, buscaron los rencones,
bien entendién qe era la ciella sin varones (873).

La pobreza de la monja que mantiene la celda se señala mediante la enumeración de sus pertenencias y el uso de diminutivos que —aparte su empleo funcional en la rima—, al empequeñecer, subrayan esa pobreza (así como la insignificancia por la que los ladrones están arriesgando sus vidas y sus almas) a la vez que restan importancia a las pocas pertenencias que se enumeran y dan un toque afectivo al “panno,” único objeto de valor relativo que posee la religiosa:

Pobre era la freira qe [mantenié] la ciella,
avié magra sustancia, assaz poca ropiella;
pero avié un panno, era cosa boniella,
pora mugier de orden cubierta apostiella (874).

La escasez de provecho que hallan en la celda hace que los hombres pasen a robar en la iglesia. Adelantándose, el autor enfatiza el “grand

sacrilegio” que cometen en contraposición a la “ganancia delgada” que han de derivar (877d). Una vez más se presenta el robo mediante acciones fáciles de imaginar y, por lo tanto, accesibles a todo tipo de oyentes (“Fue con los azadones la cerraja rancada, / dezqzadas las puertas, la elesia robada; / de quanto qe ý era non remaneció nada,” 877abc; “Despojaron las sábanas qe cubrién el altar, / libros e vestimentas con qe solién cantar; / fue mal desvaratado el precioso logar,” 878abc). Culmina la escena con la pretensión de los ladrones de robar la toca de la imagen de la Virgen.

Al poner sus ojos en la imagen de María, los ladrones ven a un tiempo a “la Virgo gloriosa” y a la madre “con su ninno en brazos, la su dulce creatura” (879cd). El temor que por un lado tendría que provocar la Virgen como la poderosa Teotokos y la ternura que por otro debiera despertar su imagen maternal contrastan con la impasibilidad de los dos hombres. Aprovecha Berceo la profesión del clérigo para lúdicamente hacer resaltar su falta:

Argudóse el clérigo, fízose más osado
ca en cosas de [glesia] él era más usado;
fue'l travar de la toca el malaventurado
ca con esso avrién su pleito acabado (881).

La tierna descripción hecha de María contrasta además con la firmeza con que la Virgen castiga a los ladrones haciendo que lleven, literalmente, en el pecado la penitencia. Valiéndose de la ironía y el litotes señala Berceo la reacción de la Virgen ante la ofensa (“mostró qe del servicio non era muy pagada,” 882c), e, hiperbólicamente, el resultado de ésta (“nunqa veyeron omnes toca tan qerellada,” 882d). La fuerza con que se le pega la toca al clérigo en el puño se muestra también mediante una hipérbole, aquí comparativa (“qe con englut ninguno non serié tan travado / nin con clavo qe fuesse con martiello calcado,” 883cd).

Como el llevar el clérigo la toca prendida a los dedos no les impediría, sin embargo, a los ladrones escapar, es necesario el efecto psicológico de la pérdida de la memoria que los desorienta y les impide salir de la iglesia. La visualización de este efecto se hace posible no ya sólo a través de imágenes que lo ejemplifican sino de símiles (“fueron pora la puerta, fallar no la podieron,” 884c; “Andavan tanteando de rencón en rencón / como [fazié] Sisinnio . . .,” 886ab;⁶ “andavan como beudos, todos descalavrados, / oras davan de rostros, oras de los costados,” 887bc). Aunada a los castigos se da la ironía de que los ladrones quedan presos de lo que querían robar —la toca y la iglesia— y, por consiguiente, de que lo que antes ambicionaran ahora, de poder, quisieran dejar (“De lo qe avién preso non se podién quitar, / ya lo qerrién de grado, si podiessen, dexar; / dexarlo ién de grado, no lo qerrién levar,” 885abc).

Con esto se vuelve a la introducción del milagro. En la estrofa 868, sin que se advierta en un principio, Berceo se vale de un juego de palabras

para adelantar y resumir parcialmente el milagro y la lección que de él debe sacarse, aludiendo a un tiempo —no sin humor— a las consecuencias que podría tener para el oyente no apreciar lo que le va a contar:

Bien creo qe qi esti miráculu oyere
no le querrá toller la toca qe cubriere
ni li querrá por fuerza toller lo qe toviere;
 membrarle deve esto demiente qe visquiere.⁷

Como es indispensable para que haya una lección que haya testigos del hecho, y como la acción merece también el castigo de las leyes humanas, mientras los ladrones permanecen en la iglesia, la monja cuya celda fue robada da aviso a los hombres del lugar. El apoyo en imágenes visuales, tan socorrido por los autores medievales para facilitar la comunicación, lo emplea aquí Berceo para mostrar la reacción de estos hombres, sirviéndose de los elementos novelescos que encierra la escena para mantener a los oyentes entretenidos y pendientes de su narración. Consigue aquí, por otra parte, reflejar el contenido con la forma mediante la concatenación, “pues el repercutirse de la construcción reproduce el eco de la escena tumultuosa reresentada” (Gariano 91):

la gente más liviana adieso fue venida.
 Fueron luego venidos grand turma de peones, (888d y 889a),
 darles grandes feridas con muy grandes bastones.
 Dávanles grandes palos e grandes carrelladas, (889d y 890a).⁸

Con la repetición de la palabra “grandes” y su variante “grand,” además, queda subruyado el duro castigo a que se ven sujetos los delincuentes. La solución para el lego se da de inmediato: se le enjuicia y se le ahorca (“sobre'l lego cativo prisieron mal consejo: / alzáronlo de tierra con un duro vencejo,” 893cd); en cambio, para el clérigo se bifurca: primero, para librarlo de la toca, y luego, para juzgarlo según su estado.

Es aquí donde se hace intervenir al buen religioso. En contraste con el ladrón que al querer robar la toca es castigado por la Virgen haciendo que se le pegue a la mano, el virtuoso, al querer honrar a María besando la toca en su lugar (“Quiso el omne bono de la toca travar, / en vez de la Gloriosa el su velo vesar,” 895ab), consigue despegar el disputado objeto (“mas al christiano bono quisolo Dios onrrar: / despegóse la toca adieso del pulgar,” 895cd; “al bon omne qe quiso vesar la tu toquiella / bien suelta gela diste . . . ,” 909cd). Contrasta asimismo la forma en que sin proponérselo el buen hombre logra despegar la toca con la acción deliberada de María pegándose a la mala clérigo. Este segundo y sucintamente narrado episodio, siendo un acontecimiento sobrenatural en sí, sirve de solución parcial al milagro central en que se inserta.

Dentro del marco feudal y espíritu mariano en que se desarrollan los *Milagros*, la lealtad y el servicio a María vienen a determinar al hombre como bueno o malo. Se explica así cómo el ladrón devoto del milagro VI (142-159), pese a cometer el mismo delito que el lego y el mal clérigo de "La iglesia robada," es protegido por la Virgen. Condenado dos veces a muerte por sus fechorías, en ambas ocasiones, no obstante su mala conducta, lo salva María en pago a la devoción que siempre le demostrara.

Esta devoción, sin embargo, ha de ser sinceramente sentida para que valga, como lo refleja el milagro IX (220-235). El servicio que en este episodio el clérigo ignorante —un hombre bueno pero simple— le brinda a María, no por su deseo sino mecánicamente, en virtud de su ignorancia ("dicié cutiano missa de la Sancta María; / non [sabié] decir otra, diciéla cada día, / más la [sabié] por uso qe por sabiduría," 220bcd; "el «*Salve Sancta Parens*» sólo tenié usado, / non sabié otra missa el torpe embargado," 221cd), no sólo no le aprovecha sino que, de hecho, es la causa de su desgracia. En cambio, cuando humillado y separado de su cargo por el obispo, acude en su desesperación con fe y voluntad a la Virgen ("tornó en la Gloriosa ploroso e quessado, / qe li diesse consejo, ca era aterrado," 226cd), recibe su protección inmediata ("el ruego del su clérigo luego gelo udió, / no lo metió por plazo, luego li acorrió," 227cd), destacando Berceo que María ". . . nunca falleció / a qi *de corazón* a pides li cadió" (227ab).⁹ De corazón quiere el buen religioso de "La iglesia robada" honrar a María; sin miramientos la afrentan el lego y el mal clérigo.

En el robo que éstos cometen claramente se establece una progresión que va de afuera hacia adentro, de lo marginal a lo central, comenzando en la celda, pasando por la iglesia y terminando en la Virgen, quien, por otro lado, es el eje central de todo el libro y la ligazón de sus partes. La progresión es también vertical, partiendo del más humilde nivel religioso hasta la Madre misma de Dios, lo que acentúa la gravedad del delito y lleva un contraste implícito: mientras más alto está el objeto contra el que se comete la falta más se hunden los ladrones en el pecado.

Marcadamente señalado queda en el milagro XXV que no era el mismo tribunal ni igual la forma para juzgar a un lego que a un clérigo. Es necesaria la llegada providencial del obispo para poder resolver la situación del mal religioso. Conforme el clérigo —conjuntamente con el lego— fue antes dos veces preso por María —en su propio pecado ("De lo qe avién preso non se podién quitar," 885a) y al no permitirle salir de la iglesia ("e como los avié presos Santa María," 891c)— ahora lo es, una tercera ocasión, por el obispo ("Prísolo el obispo, levólo a León," 899a). Cada prisión está marcada por una forma de la palabra "preso," y el paso de una a otra hasta el desenlace conlleva la separación y el alejamiento del clérigo de la imagen de la Virgen, de la iglesia de la villa en particular y del obispado en general hasta perderse en la nada.

Un documento de época lo constituye el mostrar cómo se traslada al mal clérigo de lugar (“manos atrás atadas a lei de ladrón,” 899b). Igualmente informativo es el verso “judgar ageno clérigo por lei es vedado” (905), entre otros en este mismo milagro que reflejan aspectos del sistema judicial de la época. Si bien corresponde al obispo de Ávila juzgar al clérigo, puede el de León, sin infringir la ley, expulsarlo de su jurisdicción y prohibirle que regrese a ella so pena de muerte. Determinadas quedan, pues, las tres pagas que cada uno de los protagonistas humanos del milagro recibe en base a su estado y conducta: la muerte el lego, el destierro el clérigo ladrón y el reconocimiento divino el buen canónigo.

La dualidad que a nivel conceptual se observa en el texto, se manifiesta también en la forma cuando se expone la confesión del clérigo. Primero, ésta aparece indirectamente narrada por el autor (“Confessóse él mismo con la su misma boca, / toda su pleitesía, su manenencia loca, / como a la Gloriosa despojaron la toca,” 898abc) y, más tarde, se da por medio del diálogo entre el clérigo y el obispo:

Dísso'l el bispo: «Clérigo, ¿tú feziesti tal mal
o qual todos te fazen otórgaste por tal?».
«Sennor —disso el clérigo— mi padre spiritual,
contra la mi maleza nunqa fallé equal.

Quanto de mí te dizen todo es grand verdat,
non te dizen el diezmo de la mi malvezdat;
sennor, por Dios te sea e por la caridat,
non cates al mi mérito, mas cata tu bondat» (902 y 903).

También a través del diálogo se da la sentencia del obispo (904–906). Esto hace posible mostrar directamente el sentir y pensar de los personajes al tiempo que se le proporciona viveza e inmediatez a la narración haciéndola más atractiva al público.

Concluída en sí la narración del milagro con la expulsión del obispado del clérigo, se apresura Berceo a señalar que “el miráculu nuevo fuertmient lo recabdaron, / con los otros miraclos en libro lo echaron,” (907cd), recalcando dos estrofas después que su fuente es escrita (“. . . como diz la cartiella,” 909d). Esta insistencia pone de manifiesto la importancia que para el hombre medieval tiene el fundamentarse en la palabra escrita que le confiera veracidad a la suya, más cuando, como en este caso, el propósito moralizador y didáctico de la obra requiere el apoyo de una autoridad que la valide.

Para que, por otra parte, el milagro que se cuenta tenga valor universal, no puede estar circunscrita su lección a un tiempo y a un medio. Con conciencia de ello, en la exaltación final a la Virgen, Berceo dispara la dualidad internalizada en el milagro fuera de la obra misma para abarcar a

todos los hombres (“Tú, Madre gloriosa, siempre seas laudada, / qe saves a los malos dar mala sorrostrada, / sabes onrrar los buenos como bien en-sennada,” 908abc); retrayéndola luego para ejemplificar lo general con lo particular:

Los malos qe vinieron afrontar la tu ciella
bien los toviste presos dentro en tu capiella;
al bon omne qe quiso vesar la tu toquiella
bien suelta gela diste, como diz la cartiella (909).

Lo esencial del milagro queda resumido, consiguientemente, en las consideraciones finales del mismo.

Puesto que como “Sennora benedicta, Reína acabada” (910) —gracias a su Hijo (“Por mano del tu Fijo don Christo coronada,” 910b)— el poder de la Virgen es inmenso, Berceo le pide que sirva de guía para que se salven las almas:

Tú nos guía, Sennora, enna derecha vida
Tú nos gana en cabo fin buena e complida;
guárdanos de mal colpe e de mala caída,
qe las almas en cabo ayan buena essida (911).

Explicita de esta manera su propósito y deseo al escribir, incluyéndose a sí mismo en la aspiración a ser salvado por María.

Con la Virgen se completa el trío de guías con que cuenta el hombre en la vida; trío que está marcado en el milagro por el repetido uso de una forma de “guiar.” Es el diablo quien guía al hombre al pecado. Él lleva a los ladrones a donde cometerán su delito (“vinieron a Castiella por su grand confusión, / guiólos el diablo, qe es un mal guión,” 870cd; “hlegaron en Çohinos, guiólos el Peccado, / el qe guió a Judas fazer el mal mercado,” 871cd). Dios, en cambio, vela por que se haga justicia. Él guía al lugar al obispo —representante suyo en la tierra— para que determine qué ha de hacerse con el clérigo ladrón:

End a poccas días, Dios lo quiso guiar,
acaeció qe vino el bispo al lugar;
aduxieron el clérigo por gelo presentar,
veer si'l mandarié o tener o soltar (896).

Queda a María salvar al hombre de todo mal y guiarlo al cielo.

Dado que para que lleve a cabo esta tarea es indispensable que tenga el poder para realizarla tanto como que sienta el amor que la impulse a hacerlo, Berceo, en este milagro —e igualmente en los demás—, desdobra a la Virgen presentándola a un tiempo como Reina gloriosa y como Madre piadosa. La Virgen es, en resumen, “fuent perenal . . . de qui mana la mar, / qe en sazón ninguna non cessa de manar” (867cd), metáfora que

la perfila como manantial inagotable y seguro de bendiciones que de Ella se derivan y del que los hombres se pueden servir. Es, por lo tanto, el milagro —y los *Milagros*— una invitación a valerse de María para alcanzar la salvación y un tributo que se le hace a la Virgen.

Este tributo de Berceo a la Virgen, que su colección de milagros marianos representa, se redondea con la adición de “La iglesia robada” a la obra. Con este milagro se completan veinticinco. El veinticinco es la raíz cuadrada del cinco, el número mariano por excelencia.¹⁰ Como símbolo de María y multiplicado por sí mismo, el número multiplica a la vez el poder y la piedad de la Virgen y, con ellos, los beneficios que el hombre puede esperar de la “Madre gloriosa” (908a).

Silvia Rosa Zamora
University of California, Los Angeles

NOTAS

1. Brian Dutton hace un cotejo entre los *Milagros de Nuestra Señora* y los manuscritos *Thot*, *Pez* y *Phillips* (13–14). Un cotejo similar presenta Carmelo Gariano incluyendo el texto de *Gil de Zamora* (205–210). De interés al respecto es también el artículo de Richard Kinkade sobre el ms. 110 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

2. Como se recordará, bajo Fernando III se reconquista Córdoba, Sevilla, Murcia y Jaén y se reduce a vasallaje al rey moro de Granada.

Citamos de la edición de Claudio García Turza pero manteniendo el orden tradicional de los últimos dos milagros de acuerdo al manuscrito *I*. Indicaremos en el texto y tras la cita, la estrofa y los versos entre paréntesis.

3. Señala Domingo Ynduráin con respecto a los *Milagros de Nuestra Señora* que “la localización . . . —cuando se nos da— viene acompañada de fórmulas ponderativas y desrealizadoras,” lo que se observa con mayor claridad en los ejemplos que él cita que en este milagro (46).

4. Aunque la posición que debe tener este milagro en la obra aún no la determinan los estudiosos, hay consenso en que “La iglesia robada” parece haber sido añadida a los *Milagros* en fecha posterior a las demás narraciones. Seguiría siendo, consecuentemente, la última de las composiciones aunque no le correspondiera el número XXV.

5. Para Berceo el hombre puede salvarse dentro de su estado, pero es la salvación de su alma, no de su posición, lo que le preocupa. Propone, por lo tanto, y como clérigo él mismo, al hombre devoto como modelo. Un siglo después, Don Juan Manuel, representante de la nobleza —y preocupado por otras consideraciones además de las espirituales—, irá más allá para decir al hombre qué hacer “para poder guardar el alma et aun el cuerpo et la onra et la fazienda et el estado” (321).

6. Generalmente Berceo basa sus comparaciones en los elementos de la vida cotidiana, aquí, sin embargo, la alusión es culta. Dutton escribe una extensa nota sobre esta cita basándose en Daniel Devoto (209, 886bcd).

7. Las cursivas son nuestras.

Si bien es frecuente en Berceo adelantar lo que va a contar, el adelanto en este caso es violento dada su colocación al comienzo del milagro, sin un contexto previo que lo identifique como tal.

8. La concatenación, el poliptoton, la anáfora y la bimembración son usados a menudo por Berceo para oponer, contrastar, ampliar o reiterar ciertos puntos o elementos. La forma del alejandrino se presta a la estructuración bimembre dentro del verso; la facilidad, sin em-

bargo, con que se encuentran estos recursos en diferentes versos y de una estrofa a otra, sugiere que se trata más de una característica de estilo que de una imposición de la forma.

9. Las cursivas son nuestras.

10. Para detalles sobre el significado de los números cinco y veinticinco con relación a la Virgen y a los *Milagros*, véase Gariano (180-183).

OBRAS CITADAS

Dutton, Brian, ed. *Obras completas, II, Los Milagros de Nuestra Señora*. De Gonzalo de Berceo. 1ª. ed. London: Tamesis, 1971.

Gariano, Carmelo. *Análisis estilístico de los Milagros de Nuestra Señora de Berceo*. 2ª ed. Madrid: Gredos, 1971.

Gonzalo de Berceo, *Los Milagros de Nuestra Señora*, ed. Claudio García Turza, Logroño: Colegio Universitario de La Rioja, 1984.

Juan Manuel, Don, *El Conde Lucanor*, ed. José Manuel Blecua, Madrid: Castalia, 1982.

Kinkade, Richard P. "A New Latin Source for Berceo's *Milagros*: ms. 110 of Madrid's Biblioteca Nacional." *Romance Philology* XXV, 2 (November 1971): 188-192.

Ynduráin, Domingo. "Algunas notas sobre Gonzalo de Berceo y su obra." *Berceo* 90 (enero-junio 1976): 3-67.